

yentes bien porque han percibido cierto destello de la belleza de Cristo. Es decir, la evangelización es una tarea prioritaria al diálogo con la cultura; la teología puede y debe cooperar en la evangelización, pero no es su protagonista ni mucho menos su condición de posibilidad. Por estas razones la renovación teológica no puede considerarse sensatamente como razón suficiente para ser optimistas respecto al diálogo fe/cultura; mientras no haya más intelectuales creyentes, los teólogos tendremos que conformarnos en muchos casos a mantener un diálogo de sordos, porque muy pocos son los que tienen interés en aprender u oírnos. Ciertamente, aunque estemos aislados —¿quién negará esta realidad sociológica?—, hemos de mantenernos atentos a las voces múltiples que se hacen oír en el mundo de la cultura, esperando que, trabajando en esa modesta actitud, el Espíritu de vez en cuando se sirva utilizarnos como instrumentos de salvación.

J. M. Odero

Ada LAMACCHIA, *Mounier. Personalismo comunitario e filosofia dell'esistenza*, Levante Editori, Bari 1993, 351 pp., 15,4 x 21,2

La Profesora Lamacchia, conocida por sus estudios kantianos, ha reunido en este volumen diez ensayos acerca del pensamiento de E. Mounier (1905-1950), iniciador de lo que se ha denominado «personalismo cristiano», un estilo característico de afrontar algunas de las cuestiones claves de nuestra época.

El personalismo de Mounier —sobre la Autora— no era una forma de individualismo: se trata de un personalismo esencialmente comunitario, porque el hombre es para él capacidad de acogida y de don en la comunidad; a su

vez la comunidad sólo puede surgir de la persona que descubre frente a ella un *tú*. De esta forma la comunidad existe allí donde se ha diluido el anonimato de la masa.

La filosofía personalista de Mounier, sin llegar a ser una reflexión teológica plena, tiene sin duda una fuerte inspiración cristiana. Él mismo afrontó este tema en «Personalismo y cristianismo» (1939). Siendo consciente del valor permanente de los valores judeo-cristianos, Mounier percibe que éstos no están ligados a ninguna cultura nacional; es más, la fe cristiana propone abiertamente la libertad y la historicidad del hombre. La fe, pues, no genera de suyo una filosofía ni una política. Son algunos cristianos singulares quienes deciden dedicarse al empeño filosófico; en ese empeño, que es tan pluralista como cualquier otro, sería inauténtico dejar de lado la fe. En este sentido Mounier hablaría años más tarde de que existen «más personalismos» junto al suyo. Para todos ellos prefiere la denominación *personalismos de inspiración cristiana*, más bien que *personalismos cristianos*; en efecto, sería un grave error olvidar que las tesis personalistas han sido conquistadas mediante el esfuerzo de la inteligencia y de la investigación, es decir, mediante una labor formalmente filosófica que está en diálogo con otras filosofías.

Además de estos temas, la Autora analiza otros puntos de la filosofía de Mounier: la relación del personalismo con el existencialismo, la libertad y la objetividad. Finalmente estudia la actualidad del pensamiento personalista en nuestro momento cultural, la recepción de Mounier en Italia y el paralelismo que existe entre el concepto de *comunidad* que mantienen Mounier y D. Bonhoeffer.

En definitiva, nos hallamos ante una importante aportación al estudio de

la obra de un pensador que continúa inspirando a muchos de nuestros contemporáneos.

J. M. Odero

Marcel CONCHE, *Vivre et philosopher*, Presses Universitaires de France, Paris 1992, 232 pp.

El Autor desarrolla las líneas maestras de su sistema filosófico al hilo de algunas cuestiones planteadas por escrito por un Profesor de Columbia University. Las preguntas no son estrictamente filosóficas; algunas recuerdan más bien a una entrevista periodística: —*Describe la jornada ideal de un filósofo como Vd.*; —*Se siente mejor comprendido por los hombres que por las mujeres?*

Otras, casi del mismo estilo, solicitan de Conches una cierta autobiografía: —*¿Cómo explica Vd. que desde niño se sintiera radicalmente apartado del cristianismo?* —*¿Qué libros prefiere?* —*¿Qué mantiene hoy día del marxismo?* —*¿En qué sentido es Vd. materialista?*

Por fin se le plantean cuestiones más teóricas de todo signo: desde la importancia del inconsciente, la posibilidad de la felicidad, el sentido de la contemplación y el sufrimiento de los niños, hasta la necesidad de la caridad para filosofar.

El libro es, pues, muy variopinto y de un interés bastante limitado, teniendo en cuenta que Conches no es un filósofo de primera línea.

J. M. Odero

José Antonio MERINO, *Historia de la Filosofía Franciscana*, ed. «Biblioteca de Autores Cristianos», Madrid 1993, 396 pp., 13 x 20,5

Esta obra presenta un estudio sistemático y asequible del pensamiento fi-

losófico franciscano, a la vez que brinda una plataforma de elementos básicos de dicha filosofía para conocerla más a fondo.

Es justificable la dificultad que experimenta el hombre moderno al situarse frente al pensamiento medieval, pues la autonomía que hoy configura la Filosofía respecto de la Teología no se daba en el Medievo. Se consideró en esa época a la primera como fiel sierva de la segunda, y es a partir de la Ilustración cuando la Filosofía se emancipa de la Teología, creando su propia subjetividad y convirtiéndose a veces en enemiga del conocimiento teológico.

Es fundamental señalar que los pensadores franciscanos hacían filosofía en y desde la fe y de ninguna manera perdían libertad en la exposición de sus ideas. Las condiciones ofrecidas en la Edad Media, a saber: la certeza de la existencia de Dios, del sentido teológico de la historia y del valor ontológico del hombre, ayudaron a la articulación de una síntesis doctrinal única.

El libro consta de siete capítulos y un breve apéndice. El autor da relevancia a la ideas básicas de los grandes maestros, como son:

San Buenaventura: su principio ejemplarista, entendido como la doctrina de las relaciones de expresión que existe entre las criaturas, tal y como son en sí mismas, y tal como son en Dios o en el Verbo.

Rogelio Bacon sobresale por su esfuerzo en crear un inventario estructurado de los diversos saberes. Pero Bacon no fue un precursor del positivismo, sino un auténtico ministro del espíritu al servicio de una causa común: la renovación de la Iglesia y de la sociedad. Entendió la presencia de Dios en todas las religiones, creando así las bases para una filosofía de la Religión.

En Duns Escoto, a quien se le dedica más espacio, es importante señalar